

21 noviembre 1953

Biografía de una copa

C U E N T O

Por Miguel Molina

Yo soy una copa. No una copa cualquiera, burda y basta, sino elegante y fina. Mi cristal es delgado, de purísima transparencia. El líquido que en mi aristocrático cuerpo—leve, casi ~~etéreo~~—cabe, más parece estar en el viento, en el espacio, que dentro de recipiente alguno. Como en todas las cosas del mundo, entre nosotras también hay casta, clases; yo soy de las mejores, de las más caras. También, como entre los hombres sucede, aunque en el nacer somos iguales, nuestro destino es distinto. Unas, las por desgracia peor construidas y de más grosero material, van a parar a burdeles, a tascas pestilentes de humo y sudores, y reciben apretones de manos callosas y sucias; otras pasamos a vivir en lugares perfumados y lujosos, conteniendo variados y exquisitos licores, y nos acarician manos de sedosa suavidad y nos besan—muchas veces—tentadores labios, rojos de carmín. Si, nuestro existir transcurre en un agradable ambiente. Nos acompaña la risa y nos rodea la nostálgica música de una orquesta. Pero no siempre servimos para el goce, para la alegría; también sabemos de tristezas y de amarguras; también nos hiere, indirectamente, el dolor ajeno. Conocemos momentos, como rotos e incomprensibles pedazos, de vidas humanas. Mientras mi frágil cristal dure recordaré a aquella mujer...

Fué una noche. Sonaba lejana, distante, la música; por la abierta ventana veíanse las estrellas, luciérnagas celestes, adornando la obscuridad. Yo estaba rebosante de licor, y cuando me cogieron sus dedos, pequeñines y blancos como la leche, sentí un dulce estremecimiento y derramé, sobre su falda, unas gotas; sus labios se posaron sobre mí al tiempo que una inefable sensación de calor, de vida, de delicia, recorría todo mi duro ser. No recuerdo exactamente lo que ocurrió. Varias veces llegué hasta su boca. Yo estaba borracha, inconsciente. Vagas, muy vagas, logro traer a mi memoria sus últimas palabras. Si, si, ella dijo: ¿No me engañarás? ¡Te quiero!... Y sonó el indefinible rumor de un beso.

Algún tiempo pasó En el

transcurso de mi inacabable bacanal, yo la había olvidado. Pero un día me encontré, de pronto, en aquel mismo cuarto apartado, a solas con ella. Sus ojos—aquellos sus hermosos ojos negros—miraban sin ver y tenían un no sé qué de tristeza. Sus antes rosadas mejillas estaban pálidas. Me tomó en su diestra. Yo la invité a beber, a alegrarse con la contrahecha alegría de mi contenido. Pero fué tal su mirada que sentí miedo, angustia, un presentimiento de algo terrible e inevitable. De su bolso sacó una pastillita que echó en mi espumoso líquido. ¡Oh, que amarga estaba! Sabía a hieles, a tuera, a acibar. Su amargor traspasaba hasta mis cristalinas entrañas. Lentamente se disolvía. La mujer me llevó hasta sus labios con un ligero temblor. Yo quise derramar aquel veneno antes de que lo bebiera, pero no pude. Después... después na sé... Hubo una ligera vacilación, sus dedos se aflojaron y yo caí al suelo y rodé hasta debajo del sofá; sentí la aguda punzada de una rotura. No puedo precisar el tiempo que allá estuve. Cuando me sacaron, un hombre, serio y severo, me observó, Dijo: «Un vulgar suicidio, Amores, engaños, miserias... la historia de siempre.» Busqué, con la mirada, a la mujer. Estaba recostada en un diván, blanca y fría como la nieve, cerrados los ojos, como durmiendo un sueño que no tiene despertar... ¡La historia de siempre!